

EL MISTERIO DE LA DESCONEXION

Hay una gran interrogante irresuelta en las interpretaciones de la actual coyuntura. Se refiere a la desconexión casi total entre la economía y la política. Esta desconexión se refleja en que, al mismo tiempo que la economía crece a un 4% anual ya por segundo año consecutivo, la popularidad de Toledo se desploma, acercándose a ese mismo porcentaje.

La desconexión entre economía y política es doble, como es bipolar el cable que las debe unir. La primera vía debería conectar a la economía con la política. Si la economía va bien, entonces los ingresos y el bienestar de las familias debería estar mejorando, y ello debería reflejarse en un respaldo al gobierno. Como dijera una famosa frase explicando el triunfo de Clinton sobre Bush padre, *It's the economy, stupid*. Esa explicación también ha funcionado de manera importante en el Perú en el pasado. En la década de los 90s, Fujimori logró un resonante triunfo en las elecciones del 95 cuando la economía venía de crecer 25% en tres años, y en cambio las empezó a ver negras de verdad con la recesión del 98-2000, y con toda conciencia empezó a gastar como loco en 1999 para revertir esa situación, sin lograrlo. Las caídas de popularidad de Belaunde y García tuvieron mucho que ver con el comportamiento de la economía en los últimos años de sus mandatos. Sin embargo, aunque en el pasado esa conexión ha funcionado, ahora no parece funcionar: la macroeconomía va bien y la popularidad mal.

La segunda vía debería hacer la conexión inversa: si la política va mal, la economía también debería ir mal. Un gobierno con escasa legitimidad, rechazado por el 90% de la población, que carece de rumbo, genera un clima de inestabilidad que espanta a las inversiones. Es lo que se ha dado por llamar el efecto del "ruido político". Tampoco esta segunda conexión entre política y economía parece estar funcionando: los pronósticos de crecimiento para este año siguen en el orden del 4%, a pesar de la ilegitimidad del gobierno y el régimen político.

¿Qué está pasando?

La débil influencia del crecimiento económico sobre la popularidad presidencial ha tenido ya algunas explicaciones. La más clara parece ser el hecho de que la economía crece, pero ni el empleo ni la pobreza se reducen. Hasta el 2002, la pobreza no había disminuido. En el 2003, el número de empleos asalariados en Lima – no los autogenerados – se redujo en 50 mil, o el 2,5%, según estadísticas de las empresas. Otra fuente estadística, que pregunta a los hogares, indica que en el 2003 en el Perú urbano el empleo creció 1,6%, bastante menos que el crecimiento de la población en edad de trabajar que crece al 2,5%: es decir, la demanda insatisfecha de puestos de trabajo aumentó. (No hay información estadística disponible sobre el comportamiento de los sueldos y salarios el año pasado). A ello se aúna el hecho de que el gasto social no ha

aumentado significativamente, debido al escaso aumento de la recaudación tributaria. De esta manera, las mayorías trabajadoras, los hogares pobres, no han visto mejorar su situación ni por mejores ingresos en el mercado de trabajo ni por una mayor redistribución pública.

La explicación se ha repetido hasta el cansancio: seguimos en un estilo de crecimiento que no favorece la creación de empleos ni la reducción de la pobreza. El sector que más ha crecido en el 2003 fue la minería, que genera pocos empleos y en el modelo actual tributa poco. El agro creció apenas 2,7%, y la industria y la construcción poco más de 3%, y estos son sectores más intensivos en empleo. Pero 3% es apenas por encima del crecimiento poblacional. Lo que sucede es que estos sectores se orientan más a un mercado interno que ha tenido escaso dinamismo, debido a la inexistencia de políticas orientadas a mejorar los sueldos y salario o a establecer un rol redistributivo más fuerte del estado a través del gasto social. El aumento de las exportaciones no tradicionales –en buena parte gracias al ATDPEA, resaltando sectores como textiles- no ha logrado revertir esta falta de mercado.

En síntesis, es bastante claro que el gobierno actual ha apostado y promovido con especial énfasis a los grandes grupos monopólicos, ha defendido a las empresas eléctricas de sus estafas tributarias, ha defendido las altas tarifas telefónicas, ha mantenido y ampliado las ventajas tributarias a la gran minería, no ha recuperado los subsidios entregados a los bancos, ha dejado casi sin reformar un régimen laboral que impide la sindicalización y la vigencia de mínimos derechos laborales. Ello ha llevado a un crecimiento pro-rico, donde son las utilidades y la bolsa de valores lo que ha registrado mayores incrementos. La economía crece pero, definitivamente, no chorrea.

El “ruido político”

Por más bulla que hacen los inventores de esta muletilla, las grandes inversiones de las multinacionales siguen llegando. La reciente visita de Ray Hunt, Presidente de Hunt Oil, anunciando una inversión de algo más de 2 mil millones de dólares para la licuefacción y exportación del gas de Camisea, es una clara muestra de ello. Mr. Hunt resaltó la “estabilidad” de las reglas de juego en el Perú, algo que sin duda llama la atención cuando no han pasado ni dos semanas que, entre gallos y medianoche, el Congreso aprobara una ley especial cambiando las reglas de juego precisamente en el rubro en el que su empresa opera. El detalle está en que esas reglas de juego fueron cambiadas a su favor, reduciéndole impuestos a la renta y ofreciéndole nuevas garantías cambiarias de largo plazo.

La aprobación de esas ventajas especiales para Hunt Oil fueron aprobadas en tiempo record por el Congreso de la República con el apoyo del Apra y Unidad Nacional, además del oficialismo. Por tiempo récord estamos hablando de horas solamente, lo que no ha sucedido para ningún otro proyecto de ley del Ejecutivo.

Con esto en mente, queda claro que las inversiones y el crecimiento, del tipo que se ha venido dando en el Perú, no están afectadas por ningún “ruido político”. Por el contrario, con este apoyo multipartidario, parece asegurado que las grandes multinacionales tienen el terreno seguro.

Es más: el desgobierno que reina actualmente, juega claramente a favor de estos grandes monopolios. Sin una autoridad sólida y legitimada al frente, es mucho más difícil que pueda salir adelante cualquier medida que afecte sus intereses, ya que ellos pueden recurrir a sus medios de prensa, al corrupto Poder Judicial, a los congresistas fácilmente influenciados, para revertir la situación. La propia historia del ITF, que solo afecta de manera indirecta a los bancos pues no es un impuesto sobre sus utilidades ni nada parecido, es muestra de ello, con una fuerte resistencia de los bancos que ha llevado al gobierno a cambios y postergaciones.

Lo que no crece: los de abajo

La conexión faltante está en la economía de las mayorías. El gobierno carece de estrategia alguna para impulsar sectores como la agricultura, la industria o el turismo, que son los que generan empleo masivo e ingresos para los de abajo. La invasión de productos chinos y asiáticos, han sido respondidas muy tardíamente por salvaguardas, y en el ínterin estos sectores fueron afectados. Los salarios no han crecido, debido a que no hay cambios en la legislación laboral que permitan la recuperación de derechos laborales básicos a la sindicalización, la negociación colectiva y la dignidad en el trabajo.

La falta de gobierno es, sobretodo, una falta de gobierno que defienda derechos básicos de las mayorías y promueva un desarrollo inclusivo y pro-pobre. Para los grandes monopolios, sí hay gobierno: un gobierno que ha defendido sus privilegios, que actúa a su favor cuando es necesario. Para los trabajadores, se prefiere seguir dejando que las relaciones laborales estén desreguladas, lo que equivale a decir que sigan bajo el control absoluto e imbalancedo de los empresarios. Para los pequeños productores, para las pymes, para el agro, para el turismo, para los transportistas, para los comerciantes, el desgobierno es simplemente dejar las cosas como están, seguir sin una política promotora de su productividad, mantener un mercado desordenado que impone sobrecostos a todos, continuar con un oferta atomizada y unos productores pulverizados que no pueden competir sino solo, a veces, sobrevivir.

También es la economía

Así como el desgobierno sí está afectando la economía de las mayorías, el otro cable de conexión también está operando. Parte de la pérdida de popularidad presidencial se debe a que la gente no siente que su situación mejore, no encuentra más empleos, no tiene mejores salarios, no recibe mejores servicios o más apoyo del estado.

De tal manera que en realidad las conexiones entre economía y política se dan, pero se dan de manera diferenciada. Para los grandes monopolios, hay gobierno y hay economía, hay crecimiento y hay reglas que los favorecen. Para los de trabajadores y las mayorías, no hay gobierno ni mejora económica.

Es por ello que la situación actual no es solamente de crisis política. La solución no pasa solamente por cambiar de figuras en el gabinete. La crisis política es también porque las políticas tienen que ser cambiadas, y en particular, la política económica y social.